

**IV EXPOSICION
DE LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES
DE GRANADA**

**EN HOMENAJE Y RECUERDO DE
ANTONIO MARTINEZ OLALLA
(† 15-IX-1984)**

**GRANADA, DICIEMBRE 1984
SALON DE LA ACADEMIA**

PRESENTACION

Por MARINO ANTEQUERA GARCIA
Presidente de la Real Academia

En estos últimos tiempos hemos vivido una verdadera apoteosis de la escultura granadina. Podemos asegurar que un arte que ha permanecido casi dos siglos en franca decadencia en nuestra ciudad, mantenido sólo en talleres de imaginería, ha resucitado pujante y con inusitado vigor en la segunda mitad de nuestro siglo. Una memorable exposición celebrada en el año 1972 por la Caja General de Ahorros, nos abrió los ojos a los granadinos para que supiéramos que contábamos con un grupo de escultores jóvenes y algún que otro veterano, de los que si algunos eran ya conocidos y apreciados por sus paisanos, no se habían visto nunca reunidos en colectividad de tal valía como no los habíamos tenido desde el siglo XVII. Claro está, y en esto consiste lo curioso de tal resurrección, esta gloriosa generación de escultores, no formada con gloriosos maestros, sino en simple aprendizaje en talleres de imaginería con el complemento de la Escuela de Artes y Oficios. Entre los primeros, destacó el de José Navas Parejo, instalado en amplio y bien dotado centro por el que pasaron varios contemporáneos míos, como Martín Simón y Rafael Llanes Mariscal, a los que siguieron Antonio Cano Correa, el presente expositor y mostrado en su magnífica obra, Antonio Martínez Olalla, Aurelio López Azaustre y Miguel Moreno Romera.

Idos los tiempos y en el próximo pasado 1982, diez años después de la primera gran exposición, la Universidad granadina y en ella su vicerrector de extensión universitaria Domingo Sánchez Mesa Martín, organizó una serie de exposiciones, asimismo de escultura granadina contemporánea, que inaugurada por nuestro

ilustre escultor Antonio Cano Correa, nuestro compañero de Academia, aunque por su residencia en Sevilla sólo en calidad de correspondiente, y desarrollada a través de once exposiciones personales, de otros once escultores granadinos contemporáneos, se constituyó en hermosa ampliación de la ya citada de 1972 a la que afirmó y ensalzó como prueba de que la escultura granadina contemporánea supera en cantidad de artistas y en valía de los mismos a la casi totalidad del resto de las españolas. Mas en esta nueva afirmación del vigor de nuestra escuela de escultura, faltaba un artista que brilló en la anterior de 1972 entre los más destacados y valiosos. Enfermo de suma gravedad, como que su enfermedad terminó en muerte, ahora esta Real Academia, de la que él fue uno de sus más brillantes miembros, suple aquella ausencia de Antonio Martínez Olalla en esta exposición que con toda admiración y cariño le ofrecemos sus compañeros académicos.

Contábamos para esta muestra con el material que el propio artista conjuntó para una brillante exposición personal abierta por él hace bastantes años en el colegio mayor Albaicín, de Granada, que fue sumamente visitada y alabada por el público y la crítica. A ello hemos añadido algunas otras pequeñas obritas y varias de sus brillantes acuarelas. Acaso hubiéramos podido añadir algunas de las obras de su mano de grandes dimensiones e importancia, que ahora reciben culto en diversas iglesias granadinas, la cabida de nuestra instalación no nos lo ha hecho posible.

Antonio Martínez Olalla era uno de los veteranos de nuestra Academia y, por supuesto de los más asistentes e interesados por todo lo nuestro. Tuvo que llegar a la vejez y, sobre todo la enfermedad para que él se viera obligado a frenar sus entusiasmos por nuestra obra, como asimismo la asistencia a ella, por la que me preguntaba por teléfono para estar enterado de los asuntos que pudieran despertar interés y, sobre todo de nuestros propósitos y preocupaciones.

Esto es en cuanto al Martínez Olalla académico. En lo referido al escultor y sus principios, formación y primeros pasos todo es en verdad edificante por lo que supone de voluntad, vocación

y fuerza para tomar decisiones, lo que unido al talento que le fue propio en diversas actividades y situaciones, sobre todo las relacionadas con el arte. Sus comienzos, si difíciles, resultaron apropiadísimos para la vocación artística que más tarde había de germinar en él. Porque comienza por aprendiz tallista. Eran los tiempos en los que la artesanía de la talla en madera, promovida por aquel malhadado estilo del mueble impropriamente llamado «renacimiento español» y al que malévolamente se le apellidó «estilo nuevo rico» y que fomentaba el trabajo de los mueblistas desafortunadamente. Mas por suerte para el chico que cogía por primera vez una gubia, podía observar cómo los oficiales tallaban cabezas, bichas, adornos y hasta cuadros de historia. La mayor parte de los artesanos que esto hacían no tenían nociones de dibujo ni de modelado, mas entre ellos surgía de vez en cuando algún que otro tallista de pro, como aquel Antonio Torres Rada, imaginero a las veces además de tallista, discípulo del que a su vez lo había sido del gran Suñol, Aniceto Marinas. Este insólito tallista fue compañero de oposiciones mío y del gran paisajista Eugenio Gómez Mir. Este fue por supuesto un caso excepcional, pero entre la compañía de nuestro aprendiz no faltaron tallistas discretos de los que él pudo sacar algún provecho para entenderse con la madera.

El primer contacto con la escultura la tuvo Martínez Olalla en el antes citado taller de José Navas Parejo. Allí encontró ya oficiales con verdadera calidad de escultores. Allí el recién llegado se puso en contacto con las primicias no ya de la talla, sino de la escultura. Allí aprendió recetas para las etapas de la creación de una imagen, el arte de sacar de puntos, la preparación de imprimaciones y de las colas, en fin prácticas de taller, mas que necesita conocerlas el dedicado a la escultura. Allí Martínez Olalla pudo pasar de tallista a escultor y familiarizarse con la piedra, el barro y aún la madera no vista ya con simples ojos de tallista.

Al par de su ingreso en el taller de Navas Parejo, Martínez Olalla ingresó en la Escuela de Artes y Oficios. En ella, como es natural, el muchacho frecuentó las clases de dibujo y de modelado y acaso también la de Historia del Arte, que entonces impartía

el excelente profesor Ricardo Agrasot Zaragoza. Pero donde Antonio Martínez Olalla aprendió lo que el arte tiene de teoría, de recursos para acomodarse a lo insoslayable, de ayudas en lo difícil de coronar fue con el secretario de la Escuela y profesor de escultura Francisco Mariño Peñalver, escultor del que nadie vió nunca una sola obra pero al que Olalla veneró de por vida, puesto que fue quien le abrió los ojos para navegar en este mar proceloso de la escultura.

El jovencito para procurarse medios que completaran los que obtenía en el taller, labraba en madera de naranjo, figuras de Crucificado que, blanco el material empleado y después pulido, daba la sensación de figuras de marfil, las que vendía como pan bendito.

Adelantaba el muchacho en su estudio hasta el extremo de obtener una beca del Ayuntamiento que le permitió conseguir el título de la Escuela Superior de San Fernando y aún más, ser en la tal Escuela discípulo de un profesorado de elección. En Madrid vió museos, obras de los maestros las que no había conocido hasta entonces sino en fotografía, pudo frecuentar estudios y exposiciones y ya dueño de un título oficial pensó y lo logró hacer oposiciones para profesor de Escuela de Artes y Oficios, y obtuvo una plaza para Barcelona, a donde marchó como profesor de modelado de la de aquella ciudad en la que encontró para él excelentes compañeros, como el profesor de Historia del Arte, Pérez Dolz y el excelente escultor Federico Marés, hombre de grandes habilidades artísticas, discípulo del notabilísimo Suñol y fundador de un instituto de imaginería que aún lleva su nombre. Tan eminente artista, al considerar lo joven del nuevo compañero, le tomó afecto y fue para nuestro paisano formador insuperable. Pero el joven profesor sintió el tirón de la tierra y solicitó y obtuvo su traslado a Granada en la Escuela de la cual quedó como profesor de composición decorativa, Escultura.

Era en su clase el profesor más complaciente que pudiera imaginarse al par que el más servicial y tolerante con los caprichos del alumnado y aún más de las discípulas. Pudiera pensarse que tal debilidad fuese perjudicial para la enseñanza, mas, por el

contrario; alumnos y alumnas del tal maestro seguían ciegamente las tímidamente enunciadas recomendaciones del mismo.

Cumplida la edad reglamentaria por el director del Centro, el gran maestro Gabriel Morcillo, resultó elegido para el cargo nuestro Martínez Olalla que cumplió con sometido con todos sus conocimientos del arte y con toda buena voluntad de servicio para un centro en el que él había comenzado su formación. Prestó grandes mejoras a la Escuela. Amplió el número de volúmenes de su biblioteca, ya un tanto anticuada, instaló un sistema fonoelectrónico para que en todos los talleres pudiesen ser oídas las explicaciones de la clase de Historia del Arte, se mejoraron con mucho las instalaciones de esta misma clase para comodidad de los alumnos y del profesor, que era yoa la sazón. Mas llegó el tiempo de la renovación del cargo de director con gran contento para la humildad del que lo ocupaba, y sentimiento del profesorado por la ida del modelo de tolerancia y conformidad de todas las opiniones incluso las tan difíciles de coordinar del arte.

Esta nueva organización de su vida le fue hondamente gustosa puesto que le permitió una mayor dedicación a su arte y al ajeno y digo al ajeno porque Martínez Olalla, que ya antes había tanteado el arte de la pintura a la acuarela, dejado el cargo de director consagró grandes ratos a tal género de arte que él cultivó con singular acierto y grande gusto. Su intensificación, asimismo, del trabajo escultórico, encontró mayores facilidades. En Granada se aumentaba el número de iglesias parroquiales y de órdenes religiosas que requerían esculturas. Ya no era la sustitución de las imágenes destruidas durante la II República española y nuestra guerra nacional, que tanto trabajo había dado a los escultores. Ya no era repetición de obras antiguas, sino las nuevas quedaban libres a la inspiración del artista, y Martínez Olalla labró muchas de ellas; tantas que para celebrarlas nos contentaremos con una selección. Dos grandes templos quedaron distinguidos en esto con dos magníficos Crucifijos. Parecía que en esta sagrada representación no cabía ya recurrir a innovaciones, pues bien, los de Martínez Olalla son totalmente nuevos en su hechura, en su ejecución en madera limpia y en su tremenda fuerza patética. Los labró para las órdenes franciscana y capuchina. El de San Fran-

cisco, colocado sobre una superficie clara, seco en su compleción humana se apodera del que lo contempla. Su atracción es tal en su acabamiento, que otras dos imágenes colocadas a derecha e izquierda del Cristo, de idéntico material y factura, entre una Virgen y un San Francisco de Asis, casi desaparecen de la misma cabecera de la iglesia.

Proclamación de sus méritos había sido para él su elección como miembro de nuestra Academia. Lo fue en tiempos difíciles para nosotros por lo provisional del local y la escasez de medios económicos, reducidos hasta el extremo, mas tras estas miserias él se sintió por extremo complacido pues advirtió en los que lo acogían, continuas muestras de admiración y afecto.

Antonio Cano Correa, el genial escultor granadino dejó de practicar su arte para dedicarse exclusivamente a la pintura. Practica ésta con cierto carácter de originalidad y huye de toda escuela pasada, pretende obtener una pintura exclusivamente suya puesto que, practicada exclusivamente a los dictados de su conciencia artística no obedece a ningún otro impulso. Antonio Martínez Olalla, incapaz ya, primero por la escasez de clientela, pues el verdadero arte que él practica en maderas de alto precio y manejo requeridor de grande esfuerzo supone grandes costos, todo esto hace escasos y de penosa ejecución los trabajos y por todo ello no son frecuentes. Pero Martínez Olalla, como Cano, no puede dejar de practicar el arte y al par que pequeños barrotes, al par que algún que otro retrato familiar pinta a la acuarela. ¿Cómo son las acuarelas del escultor lanzado a la pintura al agua? En primer lugar, muy simple. Y en segundo término, sumamente brillante de color. En su sencillez omite todo detalle no exclusivamente definitorio. Tonos bajos en abundancia. Cadmios, violetas y azules de cobalto, verde esmeralda, los colores más brillantes mas nunca en combinación inarmónica por exaltada. Las acuarelas de este pintor y escultor son muy del agrado del público que las estima mucho. Una de las dotes de esta pintura es su armonía. Consiguio su autor algo muy difícil con colores tan brillantes como los suyos: una encantadora concordancia de tonos y matices.

Artista de naturaleza humilde y reflexiva no gustaba de exhibiciones. No exponía nunca. La exposición de escultura antes mencionada constituyó para nosotros una sorpresa. Eran bastantes las obras, todas del mismo género de madera limpia, tallada tratando de exaltar como elemento decorativo las venas del material empleado. Eran las primeras obras de aspecto y género tan poco frecuentes que de un escultor granadino veíamos y en exclusividad y abundancia. El público y la crítica estimaron la exposición en su extraordinaria valía y tal éxito pudiera animar para otras salidas al público. Pero Olalla, encerró su exposición en el lugar en que la hemos encontrado para seleccionar algunas de las piezas expuestas; unas pocas porque nuestro local no da para más, pero muy elocuentes para recordar las que él escogió para mostrarlas a la admiración de los que son capaces de admirar lo hermoso de la idea, la profundidad del tema aún en figuraciones de tipismo, la elegancia y armonía de masas y contornos y todo esto servido por gubia hábilmente dirigida y manejada.

¿Cómo explicarnos que un escultor enamorado de la pintura, la que ejercitaba con predominante interés por el color, en su escultura prefiriera la madera limpia y sin policromar? Obligadamente, en los tiempos en los que se hizo preciso sustituir las imágenes destruidas en las iglesias por otras de análoga presentación a las desaparecidas, Martínez Olalla policromó muchas de sus obras de encargo y lo ejecutaba a la perfección tal como él lo aprendió en sus tiempos de oficial en el taller de Navas Parejo. Esta contradicción sólo puede explicarla el afán por la pureza de la forma sin elemento alguno extraño al volumen. A él le bastaba la simple coloración de la madera aderezada por sus vetas y cambios de matiz naturales. Todo lo suplía la nobleza del material empleado. Quedamos pues en que fue pintor de cuadros y no policromador de esculturas.

Pintor y escultor porque fue buen dibujante que desde muy joven supo que el dibujo es tan importante en las artes plásticas como el solfeo en la música, lo estudió con interés en su aprendizaje en la Escuela de Artes y Oficios, aprendizaje que lo hizo buen pintor y notabilísimo escultor. Lo único que le faltó fue lo que yo, contemplador de la práctica del arte con sesenta y tres

años de crítico y treinta y seis de pintor profesional tenía bien aprendido. ¿Por qué el pintor fulano o el escultor zutano se mecen en los pináculos de la gloria? Sencillamente, por que han sabido organizarse su publicidad. Libros de autores ignorantes en materia de arte mas que llenan páginas y páginas de nombres extranjeros para dar autoridad a sus escritos. Copioso regalo de obras, como si de prospectos se tratara, estancias en antedespachos de políticos. Vergonzosa coba a quien pueda favorecer en algo, sueltos de prensa pasados por la administración del periódico y mil martingalas más. Todo esto fue ajeno y acaso repulsivo para el alma casi angélica del en verdad glorioso escultor Antonio Martínez Olalla.

Marino Antequera



Relieve de
San Juan de Dios
(Madera)

APUNTES PARA UNA AUTOBIOGRAFIA

Pocos meses antes de su muerte, Antonio Martínez Olalla dejó escrita una extensa reseña autobiográfica que tenía como destino el catálogo de su exposición dentro del ciclo de «Escultores Granadinos Contemporáneos» organizado por la Universidad de Granada, muestra que, muy a pesar de los reiterados intentos del profesor Domingo Sánchez Mesa, su promotor, nunca se llegó a realizar por la enfermedad del escultor. Los apuntes que sirvieron de base a esa autobiografía son los que reproducimos en este catálogo.

Involuntariamente, en uno de los meses de calor, abrí los ojos por primera vez dentro de una parcela española y andaluza que se llama Granada. Mi infancia se deslizó entre dos barrios granadinos, dos vientres diametralmente opuestos, dos paisajes distintos: El criador y el expendedor, la agricultura y su desenvolvimiento, barrio de la Magdalena y barrio de la Pescadería, donde cantaba y bailaba la moneda y el pregón que enciende o apaga el hambre. En el primero, olores a campo y huerta, con su plaza de Gracia que por todo ombligo tiene su Seminario, con expresión carlista frente a gigantes arbolones y al Palacio del Marqués de Casablanca. De allí partía el jaramago y el maltrato oloroso que anualmente tapizaba el paso procesional del Corpus Christi.

En este alegre barrio de la Magdalena vivieron mi familia y mis simples estudios escolares. Colegio público, maestro bueno y de aspecto quijotesco para quien la palmeta de azotar las manos no había sido hecha. De las actividades que me imponía, la que más amaba eran la escritura caligráfica, que me valía el número uno en estimación del maestro, el dibujo mismo, que le merecía igual validez, y la lectura a través del Quijote. La idea del estudio me seducía; envidiaba al estudiante que veía con sus libros debajo del brazo y me recreaba en el gran espectáculo del escaparate de libros. Pero la bolsa familiar no alcanzaba para tanto y la idea del estudio quedaba descartada. Mis familiares carecían de toda influencia social y yo, a pesar de mis pocos años, me daba cuenta de mi futuro.

Mis abuelos maternos se fueron a vivir al Corral del Carbón, edificio árabe entonces convertido en viviendas y por pura voluntad abandoné el colegio antes de que terminara mi edad escolar. Del brazo de mi abuela materna iba casi todas las tardes a la iglesia de Santo Domingo, ella para orar y yo para divertir mis pensamientos de niño. Lo más sobresaliente de la calle que precedía a la iglesia era un escaparate de imágenes de cartón piedra. En su interior se encontraban los talleres, bastante espaciosos. Con el tiempo y a poco ruego, terminaría siendo admitido para trabajar allí.

Al principio manejaba las escobas con singular maestría. Con gran destreza lijaba y emplastecía, y acudía a la calle de compras. Al final de la tarea correspondía las facturaciones. Sólo modelaba a hurtadillas, y no siempre. Sí veía hacerlo, sin embargo, a don José Navas Parejo. Yo mismo le preparaba la arcilla. De él supe que existían las Escuelas de Artes y Oficios, ocasión y pretexto para dilatar una actividad soñada.

La escultura es un arte desestimado, lleno de dificultades y espinas. Tiene mucho oficio y pocos amigos. Mi amor a la escultura en madera se lo debo a las constantes visitas a la iglesia de San Jerónimo. Aquella abundante exhibición de formas y oros de su retablo casi único me llevó a deducir, a pesar de mi escasa experiencia, que lo que predominaba en la escultura española y la hacía distinta era la madera. Maderas de pino, con olor fresco a aguarrás, que han bailado por el mundo con vestidos simples y vestidos de oro sorprendentes y refulgentes hasta la saturación. Maderas que han subido hasta lo más alto de retablos y altares.

Alternaba yo mis visitas a estos lugares con mis clases de modelado, y tenía como eje el imán de un maestro que se llamaba don Francisco Mariño Peñalver. Por indicación amistosa abandoné el taller de don José Navas Parejo y me integré en un taller de talla en madera cuyo maestro, don Francisco García Ortiz, me cobró gran afecto.

En el año 1925 fuí pensionado por el Ayuntamiento durante tres años en unión de dos pintores: Suárez Peregrín y Eduardo

Cuesta. Ya con este medio de protección pude consagrarme de lleno a mi actividad artística, que con elevado tesón no dejaba de cultivar. Aproveché para exponer por primera vez en la Exposición Nacional que en la Casa de los Tiros organizó don Antonio Gallego y Burín. Allí se dieron cita la pintura, la escultura y la escenografía, ésta última a cargo de Hermenegildo Lanz con sus teatricos.

Rodaron después días de desasosiego hasta parar en un asiento burocrático y burgués a través de una Escuela de Artes. Mis intentos por conquistar Madrid en vida libre se desvanecieron. Sin embargo, después de la cruenta guerra civil, salté a Barcelona. Allí conocí a don Federico Marés, con quien trabajé y a quien tuve de director en la Escuela de Artes. Me cobró un gran afecto y pleiteó insistentemente por retenerme en Barcelona. Era un hombre extraordinario que terminó por firmar, con todo el dolor de su alma, mi traslado a Granada. Esto resolvía para mí un gran problema familiar.

Ya en Granada y con cierta tranquilidad inicié mi labor en la acuarela, prolongando los ensayos que previamente había hecho en Barcelona. Compré colores sueltos e hice ensayos de manchas simplemente. Me seducía el color a mi manera, solamente el color a través de mezclas armónicas. En un principio me interesaba conocer la virtud de cada color, haciéndolo rodar abrazado a otros hasta obtener series de gamas como focos abstractos.

Ataqué aquella afición incipiente con gran denuedo y silencio, sin mostrar a nadie lo que hacía por miedo a la desilusión de escuchar opiniones adversas. No por esto dejé la escultura. Muy al contrario, mi amor entonces por ella era insaciable. Un amor al que me he mantenido fiel, con las desavenencias inevitables que comporta todo matrimonio artístico, a lo largo de los años. A pesar de haber trabajado mucho no puedo alegar distintivos. Para medrar hay que enarbolar la osadía; más que cultivar las artes se impone cultivar amistades, y nada de ello iba con mi carácter.

Mi obra, unas veces a remolque de encargos y otras al dictado de mi vocación, se ha ido plasmando y extendiendo. De mis manos ha salido desde el boceto hasta su expresión definitiva, llamada madera o piedra, arcilla o bronce, incluso piedra artificial. Es la obra de un escultor y de un acuarelista que quiso, sobre todo, ser fiel a si mismo.

Antonio Martínez Olalla

CATALOGO

A. ESCULTURAS Y RELIEVES

1. Crucificado (Madera)
2. Cristo del trébol (Madera)
3. Virgen del Mundo (Madera)
4. Relieve de Don Quijote y Sancho (Madera)
5. Relieve de San Juan de Dios (Madera)
6. Relieve de maternidad gitana (Madera)
7. Relieve de torero (Madera)
8. Relieve de Jesús presintiendo su muerte (Madera)
9. Relieve de la Virgen del Guadalquivir (Madera)
10. Mujer con ánfora (Madera)
11. Relieve de violinista (Madera)
12. Relieve de guerrillero (Madera)
13. Relieve de egipcia (Madera)
14. Relieve de la Virgen y Santa Ana (Madera)
15. Relieve de gitana (Madera)
(Obras propiedad de los herederos del artista)

16. Dolorosa (Busto)
(Propiedad de Don Antonio Salazar Capilla)

B. ACUARELAS, OLEOS Y DIBUJOS

17. El camino (Acuarela)
18. La alberca (Acuarela)
19. Desde la cuesta (Acuarela)
20. Bodegón (Acuarela)
21. Paseo de la Alhambra (Oleo)
22. Camino de San Miguel (Oleo)
23. Apuntes (Dibujos)
24. Vejez iluminada (Acuarèla)
25. Otoño en Granada (Acuarela)
26. Flor de santidad (Acuarela)
27. Puerta de las granadas (Acuarela)



EXPOSICION HOMENAJE A ANTONIO MARTINEZ OLALLA
EN EL AÑO DE SU FALLECIMIENTO

PALACIO DE LA MADRAZA